

La estela ibérica de Sinarcas:

Una interpretación esencialmente éuskara y su base

EDUARD SELLESLAGH¹

1. INTRODUCCIÓN

La lengua ibérica sigue todavía oscura, a pesar de que su trasliteración ya no presenta muchos problemas, y que se han descubierto en ella un cierto número de lexemas y partículas propias al euskara, o por lo menos aparentadas a él. Aunque a veces esta semejanza permite vislumbrar algo del significado de las inscripciones ibéricas, esta vía no conduce a la interpretación completa de los textos, principalmente por dos razones relacionadas entre ellas: la existencia de partículas (en su mayor parte aparentemente sufijos) hasta ahora inexplicables, y nuestra falta casi completa de conocimiento de la gramática ibérica.

A falta de posibilidades mejor justificables científicamente, me parece que hay que buscar analogías -por especulativas que sean- en otras lenguas que pudieran haber estado en contacto con el ibérico, o que tuvieran alguna parte de su historia o itinerario geográfico en común con él. El primer candidato es evidentemente el éuskaro en general (es decir el euskara, sus variantes, antepasados y lenguas hermanas de sus antepasados). Si verdaderamente el éuskaro tiene sus orígenes en los alrededores del Cáucaso, como se ha supuesto muchas veces, y si el ibérico tiene orígenes similares -que sea por parentesco auténtico, por influencia mas o menos profunda, por haber hecho el mismo viaje, o por algún otro fenómeno- no sería del todo demasiado especulativo buscar estas analogías en las desinencias o sufijos de las lenguas «nostráticas», i.e. principalmente las ural-altaicas y las indoeuropeas, y quizá

¹ Universidad de Gante, Bélgica, Facultad de Ciencias Aplicadas.

también las afro-asiáticas². Existe un ejemplo bastante conocido pero poco aprovechado en tal contexto: la desinencia *-en* que se encuentra en euskara, en finlandés (y otros idiomas de su familia), en turco (teniendo en cuenta la armonía vocálica), en alemán y en neerlandés, siempre con el significado de genitivo; este mismo sufijo aparece también en ibérico, hecho que ha sido el objeto de un artículo bien conocido de LUIS MICHELENA [1], que demuestra que su significado podría ser el mismo. Por otra parte, los argumentos de COLIN RENFREW [2, 3 y 4] en pro de la teoría de la propagación de una cultura «cicládica» de tipología euskaroide (que también expuso en un programa de televisión de la BBC), desde el Mediterráneo oriental hasta la península ibérica y más allá, los estudios genéticos de LUIGI LUCA CAVALLI-SFORZA y ALBERTO PIAZZA [5] (y mucho antes de ellos, los de JEAN BERNARD y JACQUES RUFFIÉ [6, 7 y 8] y los de Sir GAVIN DE BEER [9]), y las tentativas de interpretación éuskara de inscripciones eteo-cretenses por PAUL ARNOLD [10], son tantas razones más para orientar la investigación en la dirección propuesta.

Debe quedar claro que se tratará siempre de conjeturas, y nuestro único criterio de aceptabilidad será la plausibilidad de la interpretación de los textos, tanto del punto de vista lingüístico que del significado en su contexto funcional y arqueológico, p.e. como epígrafe en una lápida sepulcral.

2. JUSTIFICACIÓN DEL USO DEL EUSKARA COMO BASE DE INTERPRETACIÓN DE TEXTOS IBÉRICOS

2.1. El punto de vista puramente lingüístico (coetáneo).

Se ha escrito mucho sobre la relación posible entre el euskara y el ibérico. Por una parte está claro que en los textos ibéricos se encuentran frecuentemente lexemas, sufijos y hasta palabras enteras muy parecidas o idénticas a las del euskara moderno, pero por otra parte, y no obstante lo anterior, el idioma ibérico queda hermético. Estos hechos combinados han inducido a algunos autores a suponer un parentesco entre el ibérico y el euskara (antiguo), a otros a rechazar tal posibilidad y a atribuir estas coincidencias innegables a préstamos, producto de un contacto íntimo que ha durado muchos siglos. Es preciso notar que en tal caso, la cultura ibérica siendo claramente la más avanzada en época clásica, los préstamos serían palabras ibéricas pasadas al euskara, el cual, como es bien sabido, ha adoptado muchas palabras no-vascas (p.e. del romance) en época histórica; eso significa que en cualquier de los dos casos *el euskara moderno conservaría una parte -quizá importante- del vocabulario ibérico*.

Como el número de coincidencias (mas o menos ciertas, y otras meramente posibles) entre el euskara y el ibérico es tan elevado, me parece que la impenetrabilidad del idioma ibérico se debe principalmente a la ausencia casi completa de conocimiento de su gramática, es decir de sus afijos gramaticales y de su sintaxis, y mucho menos a la pérdida de vocabulario histórico del euskara. La plausibilidad de esta tesis es fácil de entrever: supongamos que el conocimiento del latín clásico se hubiera perdido (¡hablamos de la misma época en la cual se perdió el ibérico!), y que conociéramos tan sólo

2. El ibérico y el euskara han sido expuesto al sustrato beréber en la península ibérica.

una de las lenguas latinas de época histórica, como el castellano. Nos resultaría muy difícil interpretar una inscripción latina, principalmente por no entender la flexión y la sintaxis, bien distintas de la nuestra y sin análogos modernos (p.e. *-ibus, -orum, ...*), y todo eso no obstante la similitud de gran número de lexemas y prefijos.

Además hay una complicación para detectar las coincidencias que se debe a la escritura epigráfica:

- no se distinguen las sonoras de las sordas
- no se conoce el valor respectivo de las dos silbantes, en transposición «s» y «æ», aunque se supone que se trata de algo parecido a la distinción existente en castellano («z» y «s») y en euskara («z» y «s», de pronunciación distinta), sin poder determinar la correspondencia (es decir cuál es la más chicheante)
- no se distinguen las fricativas de las africadas (euskara «s» y «ts», «z» y «tz», «x» y «tx»)
- el mismo caso se presenta para las vibrantes ‘r’ y ‘r’’, que podría ser análogo a «r» y «rr» en castellano o a su equivalente en portugués (de pronunciación distinta), a ‘r’ y ‘r’» en griego antiguo o a «r» y «rh» en galés (ambos comparables a la pronunciación portuguesa).
- hay una letra, en transposición ‘U’, de valor dudoso, que podría ser un signo de nasalización inicial, del tipo que se encuentra en las lenguas bantús (ndege, mtoto..., es decir "dege, "toto,...).

No cabe duda que esa incertidumbre haya dificultado la detección de aún más analogías entre el euskara y el ibérico.

Por estas razones, creo con M.^a T. ECHENIQUE-ELIZONDO [11] y los autores citados por ella, que, discrepando solamente en grado de optimismo, es «[...] incontestable [...] el valor del vasco actual como medio auxiliar, lícito aunque pobre, para la interpretación de textos ibéricos, al menos en tanto en cuanto no se descubra un procedimiento más apropiado para penetrar algo más el enigma ibérico»².

2.2. El punto de vista antropológico: posibles afinidades culturales, religiosas o étnicas, efectos de orígenes o migraciones comunes o de vecindad.

Aquí nos aventuramos en un campo donde abundan indicios y hacen falta pruebas formales.

Desde hace casi un siglo se ha estudiado la posibilidad de que existe algún parentesco entre el pueblo vasco y las etnias caucásicas. En un principio, el estudio quedaba limitado al aspecto puramente lingüístico, aunque sea siempre con una sospecha de parentesco genético como telón de fondo. En su conocido artículo «L'euskaro-caucasien», L. MICHELENA [12] nos ha dejado un excelente resumen de la situación que prevalece todavía hoy: simplificando mucho, se puede decir que hay demasiadas coincidencias, principalmente gramaticales (p.e. el verbo multipersonal, la construcción ergativa, analogía y hasta identidad de afijos, etc...), para descartar toda relación entre el euskara-aquitano y varios idiomas caucásicos. Por otra parte, la escasez de coincidencias léxicas es muy notable, así como la enorme diferencia de riqueza fonémica. La verosimilitud de un parentesco lingüístico vasco-caucásico se puede

3. M.^a T. ECHENIQUE-ELIZONDO, «Historia lingüística vasco-románica», pg. 37.

deducir p. e. del artículo «Correspondences of Basque and Caucasian vowels: -i/-e, -u/-o» por JOHN D. BENGTSON [13] que aporta argumentos convincentes en pro de una relación directa entre el euskara y el caucásico del norte, mientras MICHEL MORVAN [14] y otros han demostrado la escasa probabilidad de un parentesco con el actual caucásico del sur (kartvélico). Así que hay indicios suficientes para poder considerar la relación lingüística vasco-caucásica como posible, y hasta plausible, pero no para tenerla por comprobada. De toda manera, si es que hay un parentesco aunque sea nada más que por contacto cultural, los Éuskaros deben haber roto este contacto por emigración en una época muy remota, tres milenios a.C. a lo más mínimo.

El problema de un posible parentesco ibérico-caucásico es una cuestión distinta, pero es evidente que si es una realidad, entraña también el parentesco vasco-ibérico, por lo menos si se tiene por comprobada la relación vasco-caucásica. Parece que la idea ya es muy antigua: en efecto, los Antiguos ya habían notado que las dos regiones, el sureste de la península ibérica y la actual Georgia *con algunos territorios conlindantes*, llevaban el mismo nombre «Iberia». Además abundaban y se entrecruzaban las leyendas de migraciones diversas desde Anatolia hacia el Mediterráneo occidental, las más conocidas siendo la Enéida, la Odisea y la de los Tirrenos (Etruscos), todas sin duda basadas en hechos reales ya muy remotos en época clásica, probablemente aún pre-indoeuropeas (es decir de antes de 2000 a.C. aproximadamente).

Desde el punto de vista moderno, hay por lo menos tres maneras de investigar la realidad subyacente a esas leyendas: la arqueológica, la lingüística y la genética.

Huellas arqueológicas.

Examinemos primero lo que la arqueología nos puede proporcionar. C. RENFREW y otros creen tener pruebas suficientes para su tesis de que la o las culturas «cicládicas» han llegado hasta las islas escocesas. Lo que es cierto, es que se ha encontrado huellas de una civilización de tipo matriarcal en todo el trayecto desde las Ciclades frente a la costa de Asia Menor hasta las islas Orkney y Shetland en Escocia, pasando por Creta, Malta, las Islas Baleares, Iberia española, los Pirineos e Inglaterra. Sus características principales son: la frecuencia muy elevada de estatuillas (y algunas estatuas de tamaño más considerable) representando una mujer embarazada sentada (probablemente una diosa de la fertilidad), símbolos taurinos o cabríos (quizá el «complemento masculino» de la diosa), los «templos» subterráneos (indicando una religión «ctónica») y decoraciones en forma de espirales o de «esvástica vasca». Todos estos elementos se encuentran de alguna forma en la antropología, la tradición o el arte del pueblo vasco (véase por ejemplo los excelentes estudios de J.M.^a SATRÚSTEGUI: «Mitos y Creencias» [15] y de A. ORTIZ-OSÉS: «Antropología simbólica vasca» [16]). Nuestra falta de conocimiento suficiente de la cultura ibérica nos impide detectar una relación con ella.

Huellas lingüísticas.

En segundo lugar, examinemos la lingüística. Se trata de encontrar huellas lingüísticas (esencialmente en la onomástica y la toponimia, pero también en el léxico de los idiomas que se quedaron en el camino) de una emigración de pueblos caucásicos hacia el oeste mediterráneo y europeo.. Desafortunadamente, aquí también, todas las huellas que hemos encontrado parecen ser éuskaras, no ibéricas, aunque no se puede descartar la posibilidad

de que esto se deba a nuestra incapacidad de distinguirlas. Hé aquí los resultados:

En su artículo «Le mot basque *gizon* “hombre”», HANS SCHWERTECK [15] demuestra que es muy probable que la palabra vasca *gizon* (=«hombre») sea un préstamo del indoeuropeo en un estadio muy temprano, antes de la formación del céltico. También recuerda que algo parecido se comprobó en relación con el vocablo vasco *artz* (=«oso»). Lo más probable es que eso fue el resultado de un contacto éuskaro-indoeuropeo antes de la migración de ambos, contrariamente a lo que parece pensar el autor (con J. COROMINAS y otros): si no, se tendría que suponer una emigración indoeuropea bastante anterior a 2.000 a.C. El único punto de contacto plausible en una época tan temprana es el Cáucaso y sus alrededores (la ribera norte del Mar Negro, Anatolia...).

En mi opinión, y la de no pocos, el nombre «Iberia» (y él de sus habitantes) viene probablemente, por lo menos en el caso español, de un nombre o sustantivo ibérico -hasta ahora desconocido- parecido a vasc. *(h)ibar* (cast. «valle de río») o vasc. *(h)ibai* (cast. «río»), la segunda opción siendo la más verosímil como metátesis de *(h)ibai(r)a*, porque la *r* de *(h)ibar* es fuerte (*rr*). En ambas regiones los valles de sus ríos constituyen su característica principal y también su riqueza y polo de atracción: en Georgia (antigua) los ríos Kura (*Kujro*) y Aras (*Ārāxh*), en España los ríos Ebro (cat. Ebre, ¿<*(h)ibar(ra)* o *(h)ibai(r)a* también?), Turia (¿*Tur-i-a?*, de clara morfología ibero-vasca, cf. *Tur-an-ko*, «Durango»; ¿quizá «el (río) de por el puerto»? Véase más adelante.), Júcar (val. *Xùcar*, ¿<*su-kar*, «barranco ardiente» o <*sug(e)-ar*, «el (río) tortuoso como) culebra?»), Segura (posiblemente ibero-vasco también) y Guadalquivir (ar. *al-wad-al-kebir*, «el Río Grande»; en ibérico, transformado por los Greco-Romanos: Baetis, nombre de interpretación éuskara múltiple e incierta, quizá relacionado con *ba(h)i*, «garantía», por garantizar el abastecimiento de agua de riego).

Aunque algo fuera de este contexto, me parece útil mencionar ⁴ que, personalmente, sospecho igualmente que el antiguo nombre de Irlanda, «Hi-

4. Aún más fuera de contexto, quisiera mencionar otros topónimos en Europa Occidental que pudieran tener origen euskaroide. En Suiza hay pruebas abundantes de habitación muy milenaria, especialmente en las orillas de sus lagos más conocidos; sus poblaciones son de origen dicho «alamánico», pero en realidad mucho más antiguo y francamente desconocido. Por eso no me sorprendería que su nombre, debido al cantón de Schwyz y a su capital del mismo nombre, tenga su origen en «euskaroide» *su-itz*, «paraje de fuego» o algo parecido: existe una tradición antiquísima de encender grandes fuegos en los montes, durante ciertas festividades. Es verdad que esta tradición se conoce también en otras partes de Europa, pero siempre en relación con fiestas manifiestamente precristianas (no obstante algunos de sus nombres, p.e. de San Juan), relacionadas con la naturaleza. El nombre del cantón vecino de Uri (adj. Urner), también de tradiciones antiquísimas, tiene consonancia euskaroide (¿<*ur*, *uren?* o ¿<*ur?*?); en el pueblo de Urnesch (¿*ur-en-esc?*) se celebra el año nuevo (el 13 de enero, según el calendario juliano! - una prueba más de su apego a tradiciones antiguas) con el recorrido de los Klaus «bonitos» y «feos», hombres disfrazados de chicas bonitas y de gnomos o espíritus del bosque (cubiertos de ramas y de corteza), respectivamente, lo que hace pensar en elementos de la mitología vasca (Mari o las Lamiak y Basajaun).

En Suiza y otros países alpinos se utiliza el vocablo *alp* para indicar una pradera alta situada entre picos rocosos. En Creta y en su entorno se encuentra la raíz *arp* o *alp* en topónimos. Podría tratarse de un compuesto de *arri* (=«piedra») y *-be(he)* (=«debajo»).

El sur de Bélgica, también una región habitada desde hace muchos milenios (cf. p.e. el «hombre de Spy»), ahora latina pero conservando aspectos de su carácter céltico anterior (su nombre viene de la tribu céltica de los Belgae, cuyo nombre parece relacionado con galés *balch*, pl. *balchai*, «orgullosos»,

bernia», podría tener un origen similar: metátesis de *(H)ibarr-en-a*, es decir algo como «el (país) de valle(s) de río(s)», y que los Picti («pintados» o «con tatuajes», en galés antiguo «Priten» > Britain, en antiguo irlandés «Cruithni», de significado y origen lingüístico idéntico) que los Romanos encontraron en Irlanda y Escocia, se confundían con los Scoti (¡habitantes de Irlanda!), nombre que podría venir de vasc. *ezkotu*, «encerados» o sea «untados, engrasados». Es generalmente aceptado que los Picti eran un pueblo pre-indoeuropeo que había resistido a la celtización retraendose en regiones poco accesibles, al igual que los Vascones.

El descubrimiento por PAUL ARNOLD de que una interpretación éuskara de varios textos eteo-cretenses en grafía griega y en lineal A no sólo es posible, sino también produce una «traducción» plausible dentro del marco funcional de las inscripciones, nos ha inspirado para llevar a cabo algunas investigaciones propias no limitadas a Creta, sino extendidas al mundo descrito en las leyendas de emigraciones tempranas y a los parajes entre el Cáucaso y la costa ibérica. Es generalmente reconocido que esas leyendas -y muchas otras- abundan en nombres de origen manifiestamente no-griego, ni siquiera indoeuropeo anatólico (p.e. hitita, luvita,...). Eso vale también para el idioma griego antiguo (¡y moderno!) mismo; por ejemplo, ¿tendrán vasc. *zur* y gr. a. *xulou* el mismo origen, algo como ¿«*tzur*» (con *r* suave)? ¿Quid gr. a. *qhjkh* y vasc. *tegi*, ambos con el sentido general de «sitio u objeto que sirve para juntar y/o almacenar cosas, objetos etc». (y de ahí también: «conjunto»), o gr. mod. *cejri* (gr. a. *cej ivr*) y georg. *celi* (*c* = «ach-laut»), «mano»?

Por otra parte, hay que mencionar la relación posible entre vasc. *ez* (=«no» e «in-») y *mutil* (=«muchacho», es decir «persona joven») por un lado,

quizá anteriormente «bravos», lo que explicaría la frase de J. Caesar: «Horum omnium fortissimi sunt Belgae...») es atravesado por los ríos Our y Ourthe; no me parece imposible que estos nombres tuvieran su origen en «euskaroide» *ur* y *ur-t(h)e* o *urruti*, es decir «agua» y (quizá) «ámbito de agua» (vasc.mod. *urt(h)e*, «año», debe interpretarse como «período de agua» o sea «período entre dos temporadas de lluvias») o «salto de agua». Es curioso que algunos vados del Ourthe tienen un nombre que sirve también de «lieu-dit». Uno de ellos, que se llama Tibièwé en dialecto walón, merece una atención particular: en walón, «wé» quiere decir «vado» (fr. gué, nl. wad, del mismo origen indoeuropeo *wad-*, como lat. *vadere*; vasc. *ibi* e ib. *(t)ibi*, ambos del campo semántico de vasc. *ibil*, ir). ¿Es posible que Tibiè- tenga algo que ver con vasco-ibérico *(t)ibi-a*, «(¿frente a?)el vado»? (para *t-*, véase más adelante). Sería el análogo perfecto (el vado «vado») del Río Ebro (el río «río»), siendo ambos el producto de la pérdida del idioma hablado anteriormente, como lo son también los nombres - en otro contexto lingüístico - de sendos ríos de Europa Occidental (p.e. los ríos Amer, Amel, etc., de céltico (galés) *aber*, «río», «ría» o «estuario»), y los múltiples pequeños ríos Aa, de gót. *ahwa*, «agua»).

Hay más: Francia, Alemania, Austria (incluso Tirol del Sur/Alto Adige en Italia) y el Benelux tienen toda una serie de ríos que llevan un nombre de origen manifiestamente común: Isère, Isar, Isarco, IJzer, Yser, IJssel, generalmente atribuido a un sustrato céltico no muy bien definido, perteneciente al campo semántico de «fresco» o «claro». Lo mismo se dice del nombre germánico del hierro: al. *eisen*, nl. *ijzer*, ingl. *iron*. Es posible que la raíz céltica se debe a una raíz más antigua, «euskaroide», de un campo semántico relacionado: *iz*, *iz-ar*, es decir «brillo» (más bien que «luz», como lo demuestran vasc. *izar*, «estrella» e *izotz*, «hielo», literalmente «el o la que brilla» y «brillo frío» respectivamente); eso no debe sorprender, pues los Celtas fueron los primeros Indoeuropeos que colonizaron la Europa pre-indoeuropea, y eso se nota todavía en algunos rasgos gramaticales de tipo euskaroide, como la tendencia a la construcción ergativa, y en reliquias inexplicadas en el vocabulario anglosajón como «ill» y «kill» que pertenecen al campo semántico de vasc. *(h)il* (=«morir», y de ahí, *(h)il-un*, «triste/oscuro», *(h)il-argi*, «luna» (¿<*(h)il-un-à*»), -literalmente: «luz en la oscuridad»- e *(h)il*, «mes (lunar)», o vice versa, *-un* siendo un sufijo muy antiguo hasta ahora mal explicado, quizá un aumentativo), o gal. «tad» e ingl. «dad» (= papá), que parece más bien relacionado con vasc. *aita* (¿quizá antiguamente *taita*? - como en quechua) que con el vocablo germánico.

y eslavo *bez* (=«sin» e «in-») y *mlad-* (=«joven») por otro. Posiblemente más significativa es la relación que podría existir entre vasco. *jabe* (=«dueño») y hebr. *Yahweh*⁵ (=«el Señor», propio al hebreo, y sin análogos semíticos, contrariamente a hebr. *el, elohim*, ar. *allah*) y entre vasco. *jaun* (=«señor») y hebr. *Yah, Yahu* (=«el Señor», igualmente sin análogos semíticos; cf. *Yeho-natan, Netan-yahu* = Diosdado, Dieudonné, **᠒ᠡᠨᠠᠨᠠᠮᠠ**). Tampoco se puede descartar la posibilidad de que vasco. *jaun* sea la base o un componente de nombres de dioses como lat. *Ianus* o gr. a. **Ἰανύσιος** (¿«*deus Ianus*»? o ¿«*di-jaun*»?) si se toma en cuenta su función o significado religioso de origen. (véase p.e. «La religion archaïque romaine» de GEORGES DUMÉZIL [18], que recuerda que *Ianus* tenía precedencia sobre *Jupiter* en el orden de invocación por los generales romanos, lo que, en mi opinión, podría ser la consecuencia de su mayor antigüedad: *Jupiter* es una importación indoeuropea - y entonces una innovación para el pueblo original del lugar).

Tengo la convicción de que los nombres latino «Ulises» o «Ulisses» y griego **Ὀδυσσεύς** tienen el mismo origen éuskaro, algo como *Ur-itx-ar* (¿«el hombre del mundo acuático», es decir «el navegador»?). Del punto de vista lingüístico eso no presenta ningún problema: hay ejemplos suficientes de *x* o *ss* como graffas de las africadas *ts* o *tz* en textos latinos y griegos en relación con el país de los Iberos de España y con Aquitania; la *l* del latín y la *d* del griego pueden descender perfectamente de una *r* suave o alveolar del antiguo éuskaro. Además el ambiente fantástico de una gran parte de la Odisea parece pre-griego, o sea de antes del 2000 a.C (Los invasores indoeuropeos eran guerreros muy pragmáticos y de poca cultura propia). Otra posibilidad es una afinidad con los apellidos «modernos» *U/Irizar*, «(de) Villavieja», de vasco. *(h)uri(h)iri*, antiguamente *(h)ulil(h)ili*, y vasco. *za(ha)r*, en cual caso la «Villavieja» sería Troya, sin duda.

Las leyendas de la migración de los Tirrenos (Etruscos o Tuscos) y de la Enéida (es decir de la llegada de los Latinos en la costa de Latium) -igualmente llena de acontecimientos fantásticos de aspecto poco indoeuropeo- parecen confundirse. Probablemente se trata en ambos casos de los Etruscos que vinieron de la costa (actualmente) turca vía la isla de Lemnos, según algunos alrededor del siglo 13 a.C., según la mayoría entre los siglos 8 y 6 a.C., lo que es bastante más tarde que los Latinos-Faliscos (probablemente 2000 a.C.) y posiblemente después de los Umbros-Oscos (probablemente 1000

5. Hay más indicios en la lengua y la cultura hebrea de un origen caucásico, p.e. la leyenda del diluvio y el Monte Ararat (situado en Armenia, a 1300 km de Jerusalén - en el antiguo país de Hurri; - Un relato parecido existe en una parte hurrítica de la epopea de Gilgamesh) que describe la época de las intensas lluvias post-glaciales del 6.º milenio a.C (Entre 10.000 y 5.000 a.C. el nivel del mar subió 80 metros), y la transmisión matrilineal de la condición de Judío. Eso no debe sorprender: desde hace muchos años se sospecha que los Fenicios, sus vecinos y parientes, tenían origen caucásico o anatólico y hablaban otro idioma no semítico antes de 2000 a.C., como lo demuestran rasgos como la desinencia *-ak*, p.e. en el nombre sardo, de origen fenicio, de las torres funerales en Cerdeña, los *nuraghi*, sing. *nuraghe*, de fen. *nur-ak*; *nur* es «luz», así que *nur-ak* es «(torre) de luz» (la explicación habitual es que micro-organismos en combinación con el fosfato de calcio contenido en los huesos que quedaban de los cadáveres echados en estas torres causaban una fosforescencia lúgubre).

Los nombres tradicionales de los Reyes Magos (probablemente de origen oriental, pero desconocido) *Melchor* (*Melchior*), *Baltasar* (*Balthasar*) y *Caspar* parecen formaciones de tipo euskaroide: «el del Imperio» (hebr. *melek* + *-ar*), «el Negro» (vasco. *beltz* + *-ar*) y «el Caspio» (es decir «el que viene de la región del Mar Caspio»), simbolizando las tres «razas humanas» conocidas localmente en la época (cf. los tres hijos de Noé). Más tarde, ha habido alguna confusión acerca del papel de cada uno, en varias culturas europeas.

a.C.). El idioma de los Etruscos, que se entiende a penas, tiene características que recuerdan (p.e. por la aglomeración de consonantes) algunas lenguas de Anatolia como el lidio y el licio, ahora identificadas como indoeuropeas y pertenecientes al grupo del hitita, pero con muchísimas influencias pre-indoeuropeas, y nada euskaroide excepto en algún detalle, p.e. la desinencia verbal *-ce*. Su vocabulario no tiene aspecto indoeuropeo ni euskaroide, aunque parece poseer ciertas estructuras gramaticales de tipo indoeuropeo, quizá por influencia de los indoeuropeos ya establecidos en Italia. Por esto, no creo que algunas palabras latinas manifiestamente pre-indoeuropeas, como *urna*, «ánfora (originalmente) de agua», y *urina*, «orina», se deben al etrusco, sino a un idioma preindoeuropeo euskaroide hablado localmente o encontrado durante la migración de los Latinos-Faliscos: *urna* se entiende fácilmente como vasc. *ur-(e)n-a*, «el (ánfora) de agua», y *urina* eventualmente como un diminutivo, «agüita». Candidatos serían los Iapyges o Iapydes, o quizá los Sabinos (Samnites, Safnim) en algún estadio anterior a su latinización. Autores como P. ARNOLD creen que los eukaroides invadieron el espacio mediterráneo propiamente dicho en el principio del tercer milenio a.C, es decir mucho antes de los Etruscos.

P. ARNOLD ya hizo notar que es muy curioso que una serie de mujeres legendarias llevan nombres que contienen el lexema *andr-*, como Andrómaca (*'Audroa;nhc*)⁶, Andrómeda (*Audrome;Jdh*), Casandra (*Kassa;udra*), etc..., mientras en griego a. *avvvh;r*, *avvvd;rov*" significa «hombre»; pero en euskara *andre* es «mujer, dama». Él interpreta Casandra como *gaiizo andre*, «¡pobre mujer!» (exclamación); a mi juicio, *gaitz andre* es otra posibilidad, que corresponde mejor al vocalismo potencial de *-ss* -. Yo interpretaría Andrómeda como *Andre-ume-ta* (diminutivo), «mujer o dama-niñita» o sea «princesita» o «infanta» (era la hija del rey que siendo virgen fue víctima de un intento de sacrificio humano), y Andrómaca como *Andre-um(e)-ak-a* (*-ak* como antiguo «ablativo/genitivo»⁷), ¿algo como «la mujer entre los hijos»? (tenía siete hermanos y ninguna hermana). Todas estas interpretaciones coinciden con el papel de los personajes.

La legendaria cabra (¿u oveja?) amamantadora Amáltea (*'Ama;lqeia*) lleva un nombre que se puede interpretar como *ama-arti-a* o *ama-ardi-a*, «la madre oveja».

6. Parece poco creíble una etimología puramente griega, que conduce a un significado como «la (que) lucha contra los hombres» o algo así.

7. El sufijo *-ak* se encuentra también en varios idiomas de origen presuntamente caucásico o con influencias de este tipo: etrusco (p.e. Ruma_, «de Roma» o «Romano»), sumerio (*Ninsunak*, «de Ninsun»),...y hasta en latín *-(i)acus* y griego *-(é)áëüò*, como desinencia de derivación o de procedencia; las desinencias vascas *-k*, *-ak* y *-ek* de ergativo, y la letra terminal *-k* del ablativo y del partitivo (quizá también el sufijo *-ko*, que podría ser un compuesto) tienen probablemente el mismo origen. Un fenómeno relacionado es el de la ambigüedad de nl. *van* (cast. «de» en sus sentidos de genitivo y de ablativo) y de al. *von*, escandinavo *av*, lat. *ab* (cast. «de» en su sentido ablativo, y de cast. «por» en su sentido ergativo) que demuestra aun más claramente, si fuera necesario, la proximidad del genitivo, del ablativo y del ergativo.

El ablativo/genitivo se emplea a veces como un género de genitivo partitivo con significado de plural, como en el nominativo plural vasco. El húngaro y otras lenguas urálicas utilizan *-(e)k* (y variantes por armonía vocálica) como desinencia de plural. El uso de un genitivo (interpretado como genitivo/ablativo partitivo, cf. francés *des gens* «gente(s)») como nominativo plural no es tan excepcional: existe también en neerlandés y en alemán (*-en*), p.e. *des Herren*, «del señor» y *Herren*, «señores».

En el norte de la antigua Licia (*Aukiva*), un equipo de la Universidad Católica de Lovaina (Bélgica) bajo la dirección del Prof. Marc Waelkens está excavando las ruinas de la ciudad helenística de Sagalassos (*Sagajlasso*) que parecen contener estructuras mucho más antiguas. El municipio turco más cercano se llama A_lasun, sin duda derivado del topónimo griego (como Istanbul de *Konstantinopoli* "j), con sufijo de otro origen, o de su nombre indígena antiguo. Según los Antiguos (Heródoto y Estrabón), los Licios habían venido de Creta. Siguiendo a P. ARNOLD en su teoría del carácter éuskaró de la Creta minóica antes de la llegada de los Griegos micénicos, podríamos interpretar Sagalassos como *sagar(a)tze* (o ¿*sagar(a)tzun*?), «manzano» o «manzanar». Sería muy interesante determinar, por investigación del polen en la estratigrafía del entorno, si verdaderamente abundaban los manzanos en la época pregriega antes de la hititización (que tenía un clima más húmedo que la actual). De ser así, se confirmaría de una vez el carácter éuskaró de los Cretenses minóicos y su emigración a Licia, no obstante el idioma indoeuropeo anatólico hablado por los Licios en época clásica, consecuencia de la dominación por los Hititas o pueblos aparentados.

El nombre *Ilión* (*Ilion*) de Troya (¿también <tur- ?⁸) tiene una interpretación éuskará fácil: (*h*)iri-a o (*h*)ili-a⁹, «la ciudad(ela)», su característica más notable, por su situación elevada en la colina de Hissarlik. De ser así, eso indicaría que los estratos más antiguos son éuskaros, y que este nombre es una reliquia pre-griega y pre-luvita.

En la misma Creta, el nombre de su ciudad-palacio más conocida, Cnosos (*Knossov*), puede interpretarse como *gune-(h)otz*, «sitio frío o fresco», lo que corresponde exactamente al sitio: una dehesa verde extensa rodeada, a cierta distancia, por montes áridos, refrescada por la brisa de mar.

Según los Antiguos, los habitantes anteriores de Grecia eran los Léleges y los Pelasgos. P. ARNOLD ha sugerido que los Léleges, por lo menos por su nombre, pueden haber tenido alguna relación con los Lesgos del Cáucaso.(nordestal) actual. Del punto de vista de la lingüística es perfectamente posible: duplicación (muy corriente en griego antiguo) de la primera sílaba y elisión de la *s*. Yo iría más lejos: ¿serán los Pelasgos los *be(he)-lesg*..., es decir los Lesgos de los llanos (bajos)? Los Lesgos actuales son un pueblo de mon-

8. Según L. MICHELENA en su libro «Apellidos vascos», el lexema *tur* no tiene explicación vasca aceptable; por otra parte, no excluye un origen celto-ilirio o más generalmente, indoeuropeo. Yo apostaría por «puerta (grande)», «puerto (de montaña o de mar)», cf. al. *Tör*, y menos probable: gr. a. *quvra* (o quizá la primera sílaba de *trwglh*, «cavidad, caverna, antro», la segunda pudiéndose relacionar con *lhujpw*, «cortar, grabar, hacer una incisión») y al. *Tür*, ingl. *door*, nl. *deur* («umlaut» del anterior). En el caso de Troya y de la Tróade, el topónimo podría tener alguna relación con la situación geográfica y estratégica: resguardando el estrecho de los Dardanelos. Entonces «Troya» y «Tróade» serían nombres más bien indoeuropeos, posteriores a «Ilión». La tradición según la cual «Troya» viene del nombre de Tros, el nieto de Dardano, rey de Frigia, me parece una inversión histórica inventada para acomodar ciertos hechos más o menos históricos mal recordados que confundían a los Griegos de la época clásica.

9. En la opinión casi unánime de los euskarólogos la forma más antigua de (*h*)iri y de (*h*)irun es (*h*)ili y (*h*)ilun, cf. Ilumberri (Lumbier, «Villanueva»).

Por otra parte, parece que (*h*)ili significaba originalmente «ciudadela, fortaleza, ciudad fortificada», más bien que «ciudad» en su sentido actual, mientras (*h*)erri se usaba para indicar «asentamiento», y de ahí: «población, aldea» y más tarde «país», en el sentido de «sitio de donde uno es oriundo». Análogos de (*h*)ili serían entonces: báltico *pils* (y checo *Plzeň*, al. *Pilsen*), griego *pavli*, hindi *pur*, eslavó *grad*, germánico *burg*, céltico galo *briga*.

taña. Si algo de eso es acertado, la población pre-griega tendría que haber sido de tipo caucásico.

El mismo P. ARNOLD deduce el nombre de Bacchus, **ba; kco** de vasc. *bak(h)u* (=anteriormente «celebración o fiesta religiosa» según él). El nombre griego **Μακαριος** (Macario, y su derivado Macarena), «Beatus», muy popular en Chipre, podría tener el mismo origen: *Mak(h)-ar* («el que goza (¿de bendiciones?)») y *Mak(h)-ar-en-a* («la (¿hija?) de Macario» o «la del beato o de Beato»; cf. *Aitana*, de *Aita-r-en-a*, «la del padre»). Normalmente, la *r* de *-ar* es fuerte, pero el cambio puede explicarse por el tránsito por otra lengua, el griego.

Más cerca de la Iberia española quedan las islas mellizas Ibiza y Formentera, unidas por una estrecha sierra submarina, y separadas por aguas estrechas y poco profundas. La interpretación éuskara más natural del topónimo Ibiza (localmente «Eivissa», nombre que ha variado muy poco desde que Estrabón la llamaba *Ebisso*) es *Ibi-(i)tz-a*¹⁰, «el paraje de vados» o algo de este género. Hay que notar que también existe el sitio arqueológico de Tivissa. Eso recuerda la dualidad de nombre de los pueblos de Ibi y Tibi (Alicante). En mi opinión se trata de un prefijo *t-* que indica oposición, como *anti-* en griego (p.e. topónimos Ríon/Andrion), *ante* en latín (que significa fundamentalmente: «frente a») y *ant-* (y variantes) en alemán y neerlandés (como en *antwort*, *antwoord*, «contra-palabra», es decir «respuesta, contestación», y en topónimos como Elst/Andelst en Holanda, y Baden/Ennetbaden, Türgi/Ennettürgi en Suiza). Puede ser que el prefijo *t-* venga del sustrato afro-asiático (beréber), como el conocidísimo caso de las desinencias euskaras *-k* y *-n* de segunda persona. En las lenguas afro-asiáticas, el prefijo *t-* y el sufijo *-t* tienen significado de género femenino; quizá su significado original es «de sexo opuesto», lo que no debe sorprender, puesto que en otra familia nostrática, la indoeuropea, el femenino (más exactamente: la diferenciación masculino/femenino del «género animado») es un fenómeno lingüístico relativamente tardío, y nada fundamental.

Huellas genéticas.

En tercer y último lugar, ocupémosnos de la genética. Se puede distinguir tres fases históricas en la investigación: en una primera fase, que comenzó en serio en el siglo 19, se ha tratado de identificar «razas» por el estudio de ciertas características fisiológicas externas, como la proporción de ciertas dimensiones del cráneo etc. Aunque no se le puede negar algún mérito en la clasificación de grupos relativamente homogéneos y para la detección de efectos de mezcla por vecindad o invasión en tiempos prehistóricos, los resultados no son concluyentes por su correlación ambigua con la genética. Lo peor es que no permiten establecer el «árbol genealógico» de la humanidad, y además han sido abusados para fines poco científicos.

La segunda fase empezó alrededor de 1900 como consecuencia del descubrimiento de los grupos sanguíneos, que constituyen una característica auténticamente genética, aunque sea con correlación múltiple y por consi-

10. El adjetivo «ibicenco» (como tantos otros del mismo tipo) puede interpretarse como un derivativo *Ibi-(i)tz-en-ko* de construcción algo pleonástica pero totalmente compatible con las reglas gramaticales vascas, cf. «-e(n)-ki(de)-n». Una construcción similar, aunque realizada de manera explícita, es muy corriente en idiomas indoeuropeos modernos, p.e. «debajo de ..., *metaxuv tur'n* ...».

guiente no unívoca. El estudio estadístico de los grupos sanguíneos tampoco permite determinar claramente la ascendencia de los pueblos, pero sí hace posible detectar poblaciones aisladas por su procedencia distinta dentro de la población general de una región mayor. Por otra parte, y bajo ciertas condiciones p.e. de compatibilidad con otros datos, permite relacionar pueblos entre ellos. He aquí algunos resultados de los trabajos de JEAN BERNARD y JACQUES RUFFIÉ [, y], de Sir GAVIN DE BEER [] y otros.

Distribución de los grupos sanguíneos en algunas poblaciones

Región o pueblo	% grupo O	% grupo A	% grupo B	% grupo AB
Europa occidental	46	43	8	3
Creta (general)	63	28	9	(-0)
Creta (Lefka Ori)	23	59	18	(-0)
Euskadi	73	24	3	(-0)
Balkanes (general)	38	40-33	14-23	(8-6)
Guanches (Canarias)	95	(?)	(?)	(?)
Hindúes	33	19	40	(8)
Esquimales Aborígenes Austr. Occ.	46	54	0	0

Se cree generalmente que el grupo B corresponde a pueblos oriundos de Asia Central, mientras el grupo O parece más bien «caucásico» (véase más adelante), aunque los Aborígenes australianos debilitan esta hipótesis. El grupo A no parece corresponder con poblaciones particulares.

Lo notable es el parecido del cuadro hematológico del País Vasco y de Creta, excepto por el de la región de los Montes Blancos que P. ARNOLD atribuye a los Pelasgos u otra población más antigua que los euskaroides. Creta se distingue de los Balkanes por el menor influjo del grupo B; los Cretenses y los Vascos son diferentes de los demás Europeos por su porcentaje elevado del grupo O. Además, los Vascos tienen un porcentaje muy alto de factor Rhesus negativo en comparación con los Europeos. Nuestra conclusión práctica, como la de P. ARNOLD, es que parece existir un relación genética particular entre los Cretenses y los Vascos, y que puede ser que esto sea el índice de una migración del pueblo vasco desde el este al oeste del Mediterráneo.

La tercera fase de los estudios genéticos se ha iniciado después del descubrimiento de la estructura del DNA. Los trabajos de de LUIGI LUCA CAVALLI-SFORZA y ALBERTO PIAZZA [] han permitido establecer un «árbol genealógico» general de la humanidad. Desafortunadamente faltan todavía detalles suficientes para distinguir p.e. los pueblos de España o los del Cáucaso. En Italia, ALBERTO PIAZZA está investigando (en pueblos aislados) a los descendientes de los Etruscos, pero ya vimos que esto no nos aporta nada útil para retrazar el recorrido y los orígenes de los Iberos o Vascos. Esperemos que esta situación no persista mucho más.

Todas estas consideraciones me parecen suficientes para concluir que el euskara y el ibérico pueden tener un origen caucásico o anatólico (pre-indo-europeo) común -lo que es fundamentalmente lo mismo- y pertenecer a una misma familia «euskaroide» que corresponde a una cultura que puede haber ocupado una gran parte del Mediterráneo y de Europa continental e insular durante la época pre-indoeuropea (quizá todo el tercer milenio a.C.). Aún si esta conclusión parece demasiado atrevida, queda el hecho de que las dos lenguas se han costado tanto que deben haber intercambiado por lo menos una parte -quizá importante- de su vocabulario y posiblemente de elementos gramaticales (p.e. afijos o desinencias). Sea como sea, esto me parece suficiente para intentar una interpretación -más bien que una «traducción», lo que supondría un concimiento de ambas lenguas- de los textos ibéricos basándome en el euskara e inspirándome de algunos elementos de otras lenguas (fundamentalmente «nostráticas») con las cuales el ibérico pudiera haber estado en contacto.

3. TENTATIVA DE INTERPRETACIÓN DE LA ESTELA DE SINAR CAS (VALENCIA)

3.1. La estela y su trasliteración.

Utilizaremos la transcripción presentada por LUIS MICHELENA [], basada sobre una síntesis de los trabajos de GÓMEZ-MORENO, MALUQUER y FLETCHER VALLS:

*baisetašiltutašeba[ne]
 ŋi seltarbanŋi
 berbeinarie[t]ucia
 [r]ŋicauecašcoloite
 Carrie[t]uciar seltarban
 ŋibasibalcarŋbaàŋi.*

Las letras entre [] son lecturas poco claras o dudosas. El texto no contiene signos de separación entre palabras, y es probable que la división en líneas tenga más que ver con el espacio disponible que con cesuras en la estructura sintáctica.

3.2. Separación de las palabras e interpretación del valor fonético de las letras ambiguas, basadas en una lectura 'euskaroide'.

Aunque sea difícil disociar completamente la división en palabras de las hipótesis sobre el significado del texto, trataremos dividirlo basándonos en el reconocimiento («aha-erlebnis») de lexemas, afijos, etc. del euskara moderno y de lenguas nostráticas como las urálicas que pudieran tener o haber tenido algo en común (vía contacto en Anatolia o en el Cáucaso) con el ibérico o el euskara antiguo. Se tiene recurso a esta última vía cuando se trata de segmentos imposibles de interpretar mediante el euskara conocido.

División en palabras y afijos o desinencias:

*baisetaš iltutaš eba(ne)n-ŋi seltar-ban-ŋi beš-beinari e(t)uciar-ŋi
 cauec ašco loite-carri e(t)uciar seltar-ban-ŋi basibalcar ŋbaà-ŋi.*

Interpretación fonética utilizando la grafía vasca moderna complementada:

*Baizetas Iltutas eban-en-ⁿi zeltar-ban-ⁿi ber[ri]-be(h)in-ari eduki-ar-ⁿi
 gauek asko loite-garri eduki-ar zeltar-ban-ⁿi Bazibalkar mb[e] ar(r)-ⁿi.*

La [ri] de «berri» y la [e] de «mbe» se han añadido para clarificar la interpretación. En vasco moderno tampoco aparecerían.

Como pueden observar, hemos establecido las correspondencias siguientes:

- α como *s*, principalmente por «*aæco*» como «asko» (= «mucho»), en conjunto con:
- *s* como *z*, por interpretar «*seltar*» como «zel[t]ar», palabra que creemos poder relacionar con «zelatari» (= «acechador, vigía, centinela, guardia»), por tratarse muy probablemente de un monumento funerario (lápida) que «monta la guardia» sobre la tumba. Las otras α y *s* hemos transcrito de manera consistente.
- la primera *c* de *cauec* y de *-carri* como *g*, por la analogía con el vasco moderno «gauek» («noche(s) + desinencia «-ek» de ergativo plural) y el sufijo «-garri» («propio, apto, que sirve para»).
- La segunda *c* de *cauec* como *k* por analogía con la desinencia «-ek» de ergativo plural.
- La *à* la hemos interpretado como la *rr* fuerte del vasco moderno, por suponer que *beà* corresponde al vasco moderno «ber(r)-» (= «re-», «otra vez»).
- Nos parece muy posible que *etuci-* deba entenderse como «eduki» (= «tener», quizá «contener» o «retener»)
- Según varios autores, como LUIS MICHELENA [], la palabra *mb[e]-ar* debe leerse como «umar» que aparece en los textos en grafía latina. Su significado será discutido más abajo.
- *Baizetas*, *Iltutas* y *Bazibalkar* son antropónimos con un altísimo grado de probabilidad, como lo demuestran bastante otros textos en varias grafías, pirenaicos y aquitanos entre otros, que contienen estos nombres o segmentos de ellos en combinaciones diversas.
- El supuesto sufijo *-ni* es muy común en muchos textos; existe una opinión convergente, probablemente por analogía con vasc. *ni*, «yo», que esto quiere decir «yo» o «mío», según que se refiere a un verbo o a un sustantivo, al estilo turco y húngaro, por ejemplo.

Por consiguiente, llegamos a la:

Interpretación fonética utilizando la grafía vasca moderna y las hipótesis mencionadas:

Pos.	1	2	3	4	5	6	7
A	Baizetas	Iltutas	eban-en-ni	zeltar-ban-ni	ber[r]-be(h)in-ari	eduki-ar-ni	
B	gauek	asko	loite-garri	eduki-ar	zeltar-ban-ni	Bazibalkar	umar-ni.

3.3 Intento de interpretación de los elementos del texto

Como hemos mencionado anteriormente, las palabras en posiciones A1, A2 y B6 son antropónimos, así que ya no nos ocuparemos de ellos.

En posición A3 encontramos algo que parece un compuesto de tres segmentos, especialmente desde que LUIS MICHELENA [] interpretó el segmento *-en* como un genitivo (posesivo). Esto nos parece muy verosímil, puesto que

existe en varias familias nostráticas o caucásicas. El sufijo *-ni* ya tiene su interpretación como indicación de primera persona.

Queda el segmento *eban*, de difícil interpretación. Yo sugiero, como lo han hecho otros anteriormente pero por razones que desconozco, que significa «hijo». Lo supongo esencialmente por dos razones: (1) la palabra se parece a las del mismo significado en lenguas afro-asiáticas como ar. *ibn*, *bin* y hebr. *ben*; (2) además aparece en otros textos ibéricos *teban*, lo que recuerda el femenino afro-asiático con *t-* o *-t* o ambos (como en beréber), cf. ar. *bint*, hebr. *bat*. De ser así, sería quizá un elemento del sustrato afro-asiático (beréber) en la Iberia española.

El conjunto de A1..3 puede interpretarse entonces como «de mí, hijo de B. e I.» o «de mí, B., hijo de I.». También es posible que *-ni* no tenga mayor importancia que la de una coordinación (por sufijo) al estilo bantú (que opera por prefijos).

En la posición A4 encontramos igualmente una palabra que nos parece compuesta por tres elementos. El primero podría significar «[monumento] que monta la guardia [sobre la tumba]», o algo de este género perteneciente al campo semántico de «vigía, centinela, etc.», por su parentesco aparente con *zelata*, «acecho», y *zelatari*, donde «-ari» indica el oficio. Utilizaremos la traducción «lápida».

El segmento *-ban* es el que presenta las mayores dificultades de todo el texto, por carecer de análogos más o menos obvios. Después de años de búsqueda en vano, he encontrado dos posibilidades¹¹ que conducen finalmente casi a la misma conclusión: (1) En húngaro (nostrático, urálico) existe un sufijo *-ban* (a veces *-ben*, por armonía vocálica) con un significado de «en, dentro de» o de derivado; p.e. *Europa-ban* quiere decir «en Europa» o «europeo» en el sentido de «lo que pertenece geográficamente a (es decir al interior de) Europa». En «Les langues du monde» [19], A. SAUVAGEOT lo interpreta como un inesivo, compuesto de *-ba*, con significado de «interior», y una desinencia de un antiguo locativo en *-n*; no me sorprendería si tuviera alguna relación con vasco. *-be* o *-barren* (que es un genitivo con significado de superlativo, es decir «el [más xxx] de los [que son] xxx»). (2) También podría tener alguna afinidad con la forma adverbial vasca *be(he)-an*, «por debajo» o quizá «por dentro», las dos nociones siendo muy próximas en euskara, como en *barren*, *barne*. Por consiguiente, *zeltar-ban-ni* puede traducirse por «bajo mi lápida» o «en mi tumba», con las mismas reservas acerca de la función de *-ni*.

En posición A5 *ber[r]-be(h)in-ari* parece compuesto de *ber[r]*-y de *be(h)in*, que permiten una interpretación éuskara fácil: «re-» y «vez», es decir «otra vez» como *sustantivo*. La terminación *-ari* podría ser el dativo de la forma determinada. De tal manera que *berbeinari* significa talvez «para la otra vez» o algo muy parecido.

A6 es a todas luces un compuesto de *eduki*, conocido en euskara, y de dos elementos de conjugación. El verbo moderno *eduki*, «tener», y en este contexto quizá «contener» o «retener», puede interpretarse como una forma en-

11. También se encuentra *-ban* en apellidos (¿patronímicos?) turcos (p.e. *Kezban*, propietario de una panadería en Bruselas llamada *Kezban f_r_n_*, literalmente: «Kezban su panadería»). Me parece que esto tiene que ver más con nuestra interpretación de *eban* que con la de *-ban*. Por otra parte, la morfología de estos apellidos luce más bien urálica (p.e. húngara).

fática de **edun*, cf. el artículo «-Ki aditz-atzizkiaren gainean» de PATXI ÍÑIGO, PATXI SALABERRI y JUAN JOSÉ ZUBIRI [20], lo que hace más probable el segundo o tercer sentido, especialmente en el estadio de las lenguas respectivas de hace 2000 años

El elemento *-ar-*, que no se debe confundir con *-ar[r]* de B7 (véase allí), puede ser el artículo definido, pero el contexto lo hace poco probable. Personalmente, prefiero la conjetura de que sea una desinencia de pasivo, como en italo-céltico («indoeuropeo danubiano») y en los idiomas anatólicos (hitita etc.); es que creo que este fenómeno es de origen pre-indoeuropeo anatólico o caucásico (y entonces presente en el ambiente original del ibérico, según mi hipótesis), por ser limitado a este grupo de lenguas indoeuropeas.

El elemento *-ni* ya lo explicamos como indicación de primera persona. El hecho de que se añade a verbos como a sustantivos no debe sorprender: pasa lo mismo en húngaro, en turco y en otras lenguas de tipo aglutinante. Entonces, *eduki-ar-ni* podría significar «mi ser contenido» o «estoy contenido», lo que es lo mismo en tal contexto de «conjugación» por sufijación pura.

Las palabras *gauek* en B1 y *asko* en B2 ya han sido interpretadas en como el ergativo plural de *gau*, «noche» y como «mucho», respectivamente.

La primera parte de B3, *loite-garri*, podría ser derivada de *lo*, «sueño», alargada por eufonía hasta *loi* a causa del sufijo *-te* que indica período, duración, espacio de tiempo¹²; así que *loite* significaría «período de sueño». Suponemos, como dicho antes, que *-garri* tiene su sentido éuskaro moderno, «propio, apto, que sirve para». Entonces, *loitegarri* puede entenderse como «que sirve para el (período de) sueño», es decir «somniafero» o algo parecido.

La explicación de *eduki-ar* en B4 (como pasivo) es obviamente la misma que en A6, aunque aquí hay que entenderlo en relación con el ergativo *gauek* y el nominativo *Bazibalkar*. En euskara moderno, se ha perdido esta explicación del pasivo en caso de construcción ergativa.

Lo mismo vale para *zeltar-ban-ni* en B5 y A4.

La palabra *umar[r]-ni* en B7 se compone de *umar[r]*, bien conocido por otros textos pero no muy bien entendido, y el sufijo *-ni* discutido anteriormente. Para entender *umar[r]*, creo que una discusión más amplia es útil y hasta necesaria:

En mi opinión¹³, *umar[r]* se compone de *ume* (*mbe*) y de *-ar[r]*, cuyo significado respectivo (en euskara) es «crío» y «el de» o «el que es» en el sentido más general pero siempre muy específicamente masculino. El caso de *vasc. senar*, «marido», es parecido: **sein*, «¿pariente masculino?», y el mismo *-ar[r]*. Por otra parte, *seme*, antiguamente *sembe*, «hijo (masculino)», parece un compuesto de **sein* (o **sei*) o **se*) y *um(b)e*, entonces «crío-pariente masculino». Aún en este contexto ampliado, el significado de *umar[r]* sigue difícil de adivinar. Fundamentalmente hay dos posibilidades: (1) «el de críos» o «progenitor, padre», o (2) «el que es crío o hijo», p. e. «junior», «heredero» o «infante»¹⁴. Sólo una interpretación global del texto completo nos puede adelantar en la solución de este difícil problema.

12. Este sufijo *-te* (y variantes) se encuentra también en lenguas indoeuropeas, especialmente en las germánicas, en un sentido parecido de «intervalo»: nl. *leng-te*, *breed-te* etc., «longitud, anchura etc.», ingl. *leng-th*, *wid-th* etc.

13. Este razonamiento tiene sus raíces en algunas ideas especulativas de LUIS MICHELENA y otros, generalizadas y ordenadas en un contexto más amplio.

14. Véase nuestra interpretación de Andrómeda como «infanta» en .

3.4. Intento de interpretación global del contenido del texto.

Aunque queden varias alternativas, podríamos leer la línea A, con poco respeto a la gramática castellana, como:

«*Estoy contenido [para] otra vez en mi tumba, [la de] mí, hijo de Baize-tas e Itutas*»

La línea B podría significar:

«*Muchas noches somníferas retienen en mi tumba a Bazibalkar, [es decir a] mí, el infante*»

Obviamente falta afinar esta interpretación, pero el sentido general está claro: es un texto característico para una lápida, un quejido formulado de manera bastante literaria y poética, que menciona los datos clásicos: el difunto, su posición en la sociedad y su ascendencia. Pero no hay mención ninguna de su edad o de la época en qué vivió. Una particularidad es que parece tratarse de un traslado o segundo entierro, quizá para acercarse de sus antepasados.

4. CONCLUSION

Hemos podido proponer una interpretación, compatible con el hecho de que se trata de una lápida (probablemente de algún dirigente guerrero, por los «signos hieráticos o numerales» (GÓMEZ-MORENO) que preceden al texto), a un texto que había quedado prácticamente hermético hasta ahora. Esto ha sido posible gracias a una lectura esencialmente éuskara, complementada de elementos nostráticos. Este método, lo hemos basado en la hipótesis de un trayecto geográfico común de los Íberos y los pueblos euskaroides o pirenaicos, y de un contacto entre ellos y grupos nostráticos en la zona de Anatolia o del Cáucaso. En apoyo de tales hipótesis, hemos ofrecido buen número de hechos lingüísticos, culturales y fisiológicos, varios de ellos inéditos, que indican que pueblos portadores de culturas euskaroides, venidos del Cáucaso o de Anatolia oriental, ocuparon una gran parte de Europa durante el milenio que precede a la invasión indoeuropea, y que dejaron huellas nada despreciables en las lenguas de los pueblos llegados más tarde, tanto en su vocabulario, p.e. en topónimos y en antropónimos, principalmente de personajes legendarios, como en su gramática, p.e. en céltico.

BIBLIOGRAFIA

1. Michelena, Luis (1976): *Ibérico -en*, en “Actas del I Coloquio sobre lenguas y culturas prerromanas de la Península Ibérica”, 1979, 353-361.
2. Renfrew, Colin (1992): *World Languages and Human Dispersals: A Minimalist View*, en “Transition to modernity: Essays on Power, Wealth and Belief”, bajo la dirección de J. A. Hall y I. C. Jarvie, 1992.
3. Renfrew, Colin (1989): *Archaeology and Language*, The World of Penguin, 1989.
4. Renfrew, Colin (1991): *The Cycladic Spirit*, Goulandris, 1991.
5. Cavalli-Sforza, Luigi Luca and Piazza, Alberto *et al.* (1988): *Reconstruction of human evolution: Bringing together genetic, archeological and linguistic data*, en “Proceedings of the National Academy of Science, USA”, 1988, 85, 6002-6006.

6. Ruffié, Jacques (1951): *Les groupes sanguins en anthropologie*, en “Annales de l’Institut des Études Occitanes”, 1951, 8, 41.
7. Bernard, Jean y RUFFIÉ, JACQUES (1971): *Hématologie et culture, le peuplement de l’Europe de l’ouest*, en “Anthropologie de la France”, 1971, 661-675.
8. Bernard, Jean (1981): *Le sang des hommes*, 200-202, Paris, 1981.
9. De Beer, Sir Gavin (1965): *Genetics and Prehistory*, Columbia University Press, 1965.
10. Arnold, Paul (1984): *Le mystère basque dévoilé*. Edición española (mejorada y complementada) de 1986: *El misterio vasco desvelado*, Ediciones Mensajero, Bilbao, 1986.
11. Echenique-Elizondo, M^a. Teresa (1987): *Historia lingüística vasco-romanica*, Paraninfo, Madrid, 1987.
12. Michelena, Luis (1968): *L’eskaro-caucasien*, en “Le langage”, vol. XXV de l’ “Encyclopédie de la Pléiade”, 1968, 1414-1437.
13. Bengtson, JOHN D. (1996): *Correspondences of Basque and Caucasian vowels: -i/-e, -u/-o*, en FLV, 71, 1996.
14. Morvan, Michel (1996): *A propos de comparaisons de noms d’insectes en kartvèle et en basque*, en FLV, 71, 1996.
15. Satrústegui, José M^a (1987): *Mitos y Creencias*, 4.^a edición, Iruñea, 1987.
16. Ortiz-Osés, Andrés (1985): *Antropología simbólica vasca*, Anthropos, Editorial del Hombre, Barcelona, 1985.
17. Schwertek, Hans (1995): *Le mot basque gizon “homme”*, en FLV, 70, 1995.
18. Dumézil, Georges (1987): *La religion archaïque romaine*, Bibliothèque historique, Payot, Paris, 1987.
19. Meillet, A., Cohen, Marcel (1952): *Les langues du monde*, CNRS, Paris, 1952.
20. Patxi Íñigo, Patxi Salaberri y JUAN JOSÉ ZUBIRI (1995): *-Ki aditz-atzikiaren gainean*, en FLV, 69, 1995.

LABURPENA

Artikuluaren xede nagusia euskeraren lexema eta hizkuntz nostratikoaren hizki gramatikalen bidez Simascasko (Valentzia) estelan inskribatutako testu iberiarraren interpretazioa bada ere, bere oinarri metodologikoaren alde jotzeko tarte garrantzitsu bat erabiltzen du.

Lehengo atal batean arazoa linguistikoki aztertzen da aplikatutako eremua Espainiako lurraldeari dagokiolarik. Ondorioa honako hau da: bion arteko herremanak edozein izanda ere, euskerak iberiar hizkuntzan aurkitutako lexema asko gorde behar du. Esandakoaren gorabehera, euskera horren eragingaitza mantentzeko zergatia azaltzen du ere.

Bigarren atal batean balizko euskal-iberiar harreman bat antropologikoki aztertzen da. Ikerketa honek Kaukasotik Mediterraneoraino eta Europako iparmendebaldeko migrazio iberiar eta euskaroideak azaltzen dituen makila bat aztarna kultural (arkeologikoak eta linguistikoak) eta genetiko bildu ditu. Era berean, euskera eta famili nostratikoaren oso adar ezberdinentzat erkide diren desinentzi eta hizki asko aurki-

tu du. Ondorioz, elementu horiek oso herreminta baliagarriak dira ibe-
rriarra deszifratzeko orduan.

Bukatzeko, artikulak testu iberiarraren interpretazioa proposatzen du,
estela baterako jokatu behar duen funtzioarekin bat datorrena.

RESUMEN

Aunque el propósito principal del artículo es una interpretación del tex-
to ibérico inscrito en la estela de Sinarcas (Valencia) mediante lexemas del
euskara y afijos gramaticales de lenguas nostráticas, dedica un espacio im-
portante a la defensa de su base metodológica.

Una primera parte trata el problema de un punto de vista puramente lin-
güístico limitado al territorio español, y llega a la conclusión que el eus-
kara debe conservar un gran número de lexemas encontrados en el ibéri-
co, sea cual sea la relación entre ambas lenguas. También explica porqué
se quedó tan impenetrable no obstante lo que precede.

En una segunda parte se examina una posible relación vasco-ibérica des-
de el punto de vista antropológico. Este estudio ha encontrado una mul-
titud de huellas culturales (arqueológicas y lingüísticas) y genéticas de mi-
graciones ibéricas o euskaroides desde el Cáucaso al espacio mediterráneo
y más allá al noroeste de Europa. También ha detectado desinencias y afi-
jos comunes a ramas muy distintas de la familia nostrática y el euskara,
lo que hace más aceptable el uso de tales elementos para completar el ar-
senal de herramientas para decifrar el ibérico.

Finalmente, el artículo propone una interpretación del texto ibérico,
compatible con su función en una estela funeraria.

RÉSUMÉ

Bien que le but principal de l'article soit une interprétation du texte ibè-
re inscrit sur la stèle de Sinarcas (Valence, Espagne) au moyen de lexèmes
de l'euskara et d'affixes grammaticaux de langues nostratiques, il consa-
cre un espace important à la défense de sa base méthodologique.

Une première partie traite le problème d'un point de vue purement lin-
güistique limité au territoire espagnol, et arrive à la conclusion que l'eus-
kara doit conserver un grand nombre de lexèmes rencontrés en ibère,
quelle que soit la relation entre les deux langues. Elle explique aussi pour-
quoi l'ibère est resté si impénétrable malgré ce qui précède.

Dans une deuxième partie on examine la possibilité d'une relation basco-
ibère du point de vue anthropologique. Cette étude a rencontré une mul-
titude de traces culturelles (archéologiques et linguistiques) et génétiques
de migrations ibères ou euskaroides à partir du Caucase à l'espace médi-
terranéen et au-delà, au nord-ouest de l'Europe. Elle a aussi détecté des
desinences et des affixes communs à des branches très distinctes de la fa-
mille nostratique et à l'euskara., ce qui rend plus acceptable l'utilisation
d'éléments pareils dans le but de compléter l'arsenal d'outils pour dé-
chiffrer l'ibère.

Finalement, l'article propose une interprétation du texte ibère, compati-
ble avec sa fonction sur une stèle funéraire.

ABSTRACT

Even though the main purpose of the article is an interpretation of the iberian text inscribed on the stele from Sinarcas (Valencia, Spain) by means of lexemata from euskara and grammatical affixes from nostratic languages, it dedicates a large amount of space to the defense of its methodological base.

A first part treats the problem from a purely linguistic point of view, limited to the Spanish territory, and comes to the conclusion that euskara must preserve a large number of lexemata found in iberian, whatever the relation between both languages. It also explains why iberian remained so impenetrable, notwithstanding the preceding.

In a second part the possible relationship between basque and iberian is examined from an anthropological point of view. This study has found a multitude of cultural (archeological and linguistc) and genetic traces of iberian or euskaroid migrations from the Caucasus to the mediterranean space, and further on to northwestern Europe. It also detected endings and affixes that are common to very distinct branches of the nostratic family and to euskara, a fact that makes the use of such elements for completing the arsenal of tools for deciphering iberian all the more acceptable.

Finally, the article proposes an interpretation of the iberian text compatible with its function on a funeral stele.